
SHAKESPEARE EN ESPAÑA

- I. Dificultades en la traducción de Shakespeare.—II. Shakespeare en las traducciones españolas.
III. Shakespeare en nuestra escena.

I.

Me parece, decía D. Quijote, *que el traducir de una lengua en otra es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen* (1). Si esto decía el ingenioso hidalgo refiriéndose á una traducción del italiano, ¿qué no hubiera dicho de las versiones de idiomas que en su estructura difieren totalmente del nuestro, como el alemán ó el inglés? En este caso la traducción, ó es una obra de arte digna de que su autor ocupe puesto más alto que el que generalmente se asigna á los traductores, ó es, al contrario, informe mutilación del original, ridícula caricatura en la que será inútil buscar la armónica proporción de las partes que da por resultado la belleza del conjunto; y es entonces el traductor como el alfarero de que habla Horacio, que meditaba ánforas y hacía marmitas.

Más ardua y difícil de lo que á primera vista parece es la tarea del que se propone verter á su nativo idioma cualquier producción literaria en que la imaginación tenga gran parte, porque desplegando entonces el autor extranjero toda la riqueza de su lengua, haciendo uso frecuente de las mil peculiaridades que es casi imposible hacer pasar de un idioma á otro, córrese inminente riesgo de que, en vez de retratarse fielmente el original en la traducción, como en el fondo de transparente lago se retratan el cielo y los arbustos que crecen en la orilla, sea copia infiel en que á duras penas llegue á encontrarse alguna semejanza con lo que sin vacilación debiera reconocerse al primer golpe de vista.

(1) *Quijote*.—Parte II, c. LXII.

Y aun pudiera también suceder lo que con esos retratos en que, parte por parte, es exacto el parecido y no puede precisarse tal ó cual línea en que la copia sea defectuosa, y sin embargo, el retrato no resulta y será inútil buscar en él lo característico del original, lo que le es propio, lo que desde el primer momento hace acudir á nuestra mente la viva representación de la persona que allí en vano intentó retratar el artista. Y cuenta que ya cuando se llega á esto, el traductor tiene los conocimientos necesarios para salir airoso de su empeño y no incurrir en groseros errores que son inevitables cuando esto no suceda.

Por desgracia, entre nosotros, entregados desde hace un siglo á traducir, más que á otra cosa, es donde se traduce peor. Verdad es ésta que nadie pone en duda, y lamentando todos el mal, nadie trata de poner remedio y sólo muy de tarde en tarde aparece una traducción buena de algún literato eminente que tuvo la humorada de hacerla á manera de pasatiempo agradable.

No me parece difícil determinar á qué se debe la escasez de buenas traducciones y la multitud, siempre en aumento, de versiones que demuestran hasta dónde puede llegar la atrevida ignorancia cuando cuenta con la impunidad. Esto, en mi sentir tiene por causa principal el poco aprecio que generalmente se hace de los traductores, la escasa gloria que una buena traducción puede reportarles y la indiferencia general con que se mira esta clase de trabajos. Á esto, y no á otra causa, creo que se debe atribuir el cortísimo número de traducciones, ya no digamos buenas, pero siquiera tolerables, comparado con el infinito y siempre creciente de mutilaciones que diariamente se publican, con el pomposo título de *traducción directa* del original, sobre todo si éste es inglés ó alemán, por más que salte á la vista, en la mayor parte de los casos, que si, en efecto, el traductor tuvo delante el original, con tal arte lo disimula, que más bien que del alemán ó del inglés parece traducción del francés, y lo que aun es peor, que también en francés quiso escribirla con palabras de nuestra lengua.

Contribuye también en gran manera á que las buenas traducciones escaseen la falta general de cultura, que hace que en nuestro País sean raras las personas que unan al debido conocimiento del patrio idioma, para que la traducción no resulte escrita en bárbaro, la indispensable preparación científica ó literaria, sin la que es de todo punto imposible llegar á la completa inteligencia del texto, y casi seguro cometer graves errores en la traducción; pues á nadie se

le ocurrirá que con sólo saber francés, por ejemplo, se tenga lo bastante para traducir una obra de matemáticas ó de física ó de filosofía, si además el traductor no tiene especial conocimiento de estas materias.

Diariamente se ven los desastrosos resultados que en las traducciones produce esta falta de cultura. Vemos aquí que el que sabe un poco de inglés ó alemán, créese ya, sólo por esto, cuando la ocasión se presente, facultado para traducir cualquier obra de historia ó de filosofía ó de literatura, y si la empresa se lleva á cabo sin acudir ostensiblemente al francés, denominador común de los idiomas, como la moneda lo es de los valores, más que satisfecho y contento debe quedar el público, que al cabo tiene una traducción *directa* (1), con lo cual se le indica que, por fortuna, hemos salido ya de los vergonzosos tiempos en que se publicaban obras inglesas traducidas *del inglés al francés y de esta lengua al castellano* por algún malaventurado ingenio, que tenía el candor de confesar su ignorancia sin miedo de incurrir en el desagrado de los lectores.

Y eso que justo es confesar que de algún tiempo á esta parte se nota cierto pudor, desconocido antes por completo, en los traductores.

Ya hoy casi es seguro que, si á algún español se le ocurriera traducir la famosa obra de Gibbon acerca de la decadencia del imperio romano, haría algo que se pareciese al original, y que, por tanto, fuese infinitamente mejor que la detestable traducción del Sr. Mor de Fuentes, curioso monumento de la ridícula forma que puede darse á uno de los más elegantes historiadores cuando se le traduce mal (2).

Si es, pues, difícil llevar á feliz término la traducción de una obra en prosa, relativamente fácil, las dificultades crecen y constituyen

(1) No se me alcanza cómo serán las traducciones que no sean directas, porque, una de dos, ó el traductor sigue el texto, ó bien toma por guía una traducción francesa, por ejemplo; en el primer caso, su traducción es directa del original inglés, alemán ó lo que sea; en el segundo, es directa del francés, y por tanto, lo de directa sobra. Claro está que esto no se opone en manera alguna á que el traductor, como es su deber, conozca los trabajos de los que le hayan precedido; pero una cosa es ilustrar la propia opinión con la de los otros, y otra muy distinta seguirla servilmente.

(2) Creo con sinceridad que si, como se acostumbra en las tablas de logaritmos á ofrecer un premio al que descubra algún error, se anunciase también para el que entendiese el prólogo de Gibbon en la traducción española, nadie tendría la osadía de reclamarlo, aun cuando tuviese más paciencia que un egiptólogo.

imponente obstáculo cuando se trata de una obra poética. Y es que siempre la traducción ha de ser tal que de su lectura resulte, ante todo, que no se diga más ni menos de lo que dijo el autor, y luego, ya que los pensamientos son los mismos del original, procurar adaptar, en cuanto esto sea posible, la forma de la traducción á la del autor, de manera que las cualidades más notables de su estilo, lo que constituye su personalidad literaria, se conserve en la traducción. Y no sólo á la poesía, sino también á cualquier otro género es esto aplicable, pues de otro modo, si, por ejemplo, la obra es de historia, sabremos que el autor nos refiere tal ó cual acontecimiento, que hace la descripción de tal ó cual batalla, que juzga con acierto la influencia de los sucesos que relata en la marcha general de la civilización; pero de su arte en el desenvolvimiento de los hechos que narra, de si es ó no claro, conciso, de su acierto en la elección de la frase, de lo que constituye, en fin, una de las principales dificultades en el arte de la composición, de su estilo, nada podremos decir, si el traductor no ha tenido en cuenta que su papel es secundario, que por tanto deben tender todos sus esfuerzos á que ni un instante desaparezca de la obra la mano del autor, á no imponérsele, sino, al contrario, á doblegarse, á amoldarse á la manera de hacer del original, sin lo que la principal dificultad de la traducción no se habrá vencido.

Publicaciones recientes son ejemplo que claramente demuestra esta verdad, que olvidada ó ignorada del traductor, basta á hacer infructuosos los más loables esfuerzos, y á que no se logre más que á medias el deseado objeto. La traducción de Macaulay hecha por el Sr. Juderías Bender, siendo á no dudar bastante apreciable, y más aun teniendo en cuenta lo que diariamente acontece, deja con todo muchísimo que desear, pues inútilmente se buscará en la traducción la elegante sobriedad del original, su riqueza de dicción, que hace que nunca acuda el autor á formas ya empleadas, que no incurra en la pesada monotonía que es el principal defecto de la traducción, donde las repeticiones son frecuentes y el discurso parece que marcha en carriles, siempre lo mismo, inalterable, sin elevarse ni descender. Al primer golpe de vista se nota en la traducción que, lejos de procurar el traductor adaptarse á la forma del original, de imitar su estilo, como era su deber, hizo lo contrario, y en vez de seguir el camino del autor, le trazó de antemano el que debía recorrer, resultando de aquí que no siempre van de acuerdo y á menudo sucede que la violencia es notoria en el autor inglés. Con todo,

repito que la traducción del Sr. Bender es muy apreciable, pues además de ser fiel casi siempre (1), está escrita en castellano, y esto es más raro de lo que se cree.

¿Qué sucederá, pues, con el más difícil de traducir de todos los autores, con el más rico de los escritores ingleses (2), el que más ruda lucha tuvo que sostener con la insuficiencia del lenguaje humano para expresar lo que hay de más lóbrego y sombrío en la conciencia, los más ligeros, casi imperceptibles matices que poco á poco transforman nuestros sentimientos y determinan nuestras acciones; con el que á un tiempo mismo descendió más en los hondos abismos del alma del malvado y con potente vuelo se alzó á más altura en la región que habitan las almas grandes, generosas, los ánimos esforzados, los corazones puros y sencillos? Las dificultades en este caso claramente se ve que deben ser casi insuperables, inminente el riesgo de dar errores propios por ideas del autor, y de todo punto extraordinarias las facultades del que logre hacer una obra en la que fielmente se encuentren, con palabras de otro idioma, los mismos pensamientos, la espontaneidad misma, idéntico conjunto que en el original, único medio de poder apreciar la inmensa grandeza del autor inglés, y de juzgar debidamente sus obras. Para llegar á este resultado se requiere algo más que profundo conocimiento de dos lenguas, que no es la interpretación literal la que puede conducir al traductor á producir en el lector extranjero las mismas impresiones que la lectura del original, en cuanto esto sea posible; lo que para esto se requiere es precisamente lo que constituye la principal dificultad, porque no se vence con diccionarios, ni con glosas, ni con comentarios, ni con notas, ni con ilustraciones al texto, ni hay, en fin, libro en que se contenga, ni autor que lo explique, ni comentarior que indique la manera de hacerlo; esto lo ha de hacer la aptitud del traductor, y las aptitudes no se adquieren, sino que se tienen.

(1) Digo casi siempre, porque á veces se toma el Sr. Bender licencias que no me parecen lícitas. En los *Estudios Literarios*, en el artículo acerca de los dramáticos ingleses (pág. 233), me llamó la atención ver que este solo verso

But guard those laurels which descend to you

tiene por traducción: «Para que veles por mis laureles, ya que te ha tocado en herencia un bosque de ellos.» En la traducción hay un bosque y una herencia, propiedad del traductor, que sería de desear que volvieran á su legítimo dueño.

(2) Shakespeare usa 15.000 palabras; Milton, sólo 8.000.—Taine, *Hist. de la lit. angl.*, tom. II.

¿Hemos de creer por eso que, como un distinguido crítico afirma (1), sea imposible traducir á Shakespeare y aconsejar á cuantos no puedan leerlo en el original renuncien por completo al conocimiento de tan gran autor?

Es indudable que á poco que se estudie el teatro del primero de los dramáticos, así antiguos como modernos, se llega á adquirir el convencimiento de que es éste el más difícil de traducir de todos los escritores, sin exceptuar los grandes maestros de la antigüedad clásica; porque si bien es cierto que el griego y el latín, como lenguas sintéticas (2), son de estructura en un todo distinta de la nuestra, pues en el latín, por ejemplo, la declinación sirve para denotar las relaciones que en las lenguas modernas expresamos por medio de las preposiciones y los artículos; los verbos auxiliares, que nos sirven para la forma pasiva, tampoco existen, y luego hay un lujo de hipérbaton de que apenas en la lengua alemana, de todas las de Europa (3), puede formarse idea; con todas estas dificultades, ¿qué autor griego ó latino se encontrará que haya tratado la diversidad de asuntos que Shakespeare, cuyas obras sean breve compendio de la vida humana, en todas sus manifestaciones, en sus múltiples estados, sin que nada se eche de menos, desde la más sublime grandeza hasta el *humorismo* más refinado, desde la poesía de la leyenda á la sarcástica ironía que engendra el diario espectáculo de las miserias humanas? Si es fácil encontrar inteligencia tan ricamente dotada como la de aquel *á quien el cielo dió tanto que no pudo darle más* (4); si puede hallarse quien después de entender al poeta en todas sus concepciones, de llorar la triste suerte de la infeliz Desdémona, de medir horrorizado el negro abismo de perfidia que encierra el alma del infame Yago, de admirar la salvaje grandeza del amor de Otelo, de sentir el alma oprimida ante el horrible infortunio de la inocente Ofelia y ver cruzar ante sus ojos la aérea imagen de la más poética

(1) Ph. Chasles, *Des traducteurs de Shakespeare* en los *Études sur Shak.*—A. W. Schlegel, *Cours de lit. dram.*, lec. XIII, cree lo mismo, pero sólo en las lenguas latinas.

(2) Adopto la división de Schlegel, por su sencillez y porque basta para mi objeto.

(3) Entiéndase que al hablar de las lenguas de la moderna Europa me refiero tan sólo al español, francés, italiano, portugués, inglés y alemán. En este último idioma, aunque hay declinación, existen también artículos que, como en griego, facilitan la expresión de las relaciones del nombre con las otras partes de la oración.

(4) Frase de Dryden.

criatura que haya engendrado la inspirada mente de divino artista, como dorado ensueño que por breves instantes embelleció nuestra existencia y huyó rápido dejando en el alma honda impresión de inefable melancolía, sentimiento dulcísimo que carece de nombre en el lenguaje humano, porque es vago como las brumas del Norte, triste como el suspiro del desterrado; si después de asistir á la milagrosa resurrección de la antigua Inglaterra, *themerry England* (1), con sus sangrientas luchas, sus feroces pasiones que, nuevo Homero, popularizó el poeta en la admirable serie de sus dramas históricos; de contemplar deslumbrado el esplendente brillo con que colorea sus poéticos delirios el que escribió el *Sueño de una noche de verano*, encuentra en una lengua como la nuestra, de distinta familia, ó sea que procede de diferente modo en la expresión de los pensamientos, medio de dar vida á los mismos personajes, de presentarlos con distinto ropaje, pero sin alterar su personalidad, ése será sin duda el traductor de Shakespeare.

Vese, pues, que dificultades de tanta monta no pueden vencerse, á menos que en quien acomete tamaña empresa no concurran, como ya se ha dicho, cualidades extraordinarias, aptitudes muy raras, juntamente con profundo conocimiento de la lengua y de las costumbres del tiempo del autor, sin lo cual podría incurrirse en errores groseros, en anacronismos de todo punto intolerables en el lenguaje; pues si bien no ha de estar escrita la traducción en castellano antiguo, no por eso se ha de perder de vista que nunca es lícito hacer uso de dicciones esencialmente modernas, y que nuestros autores son los primeros en evitar, por ser esto, más que nada, antipoeético, y esto sólo bastaría ya para su exclusión. ¿Qué autor, por escasas que sean sus aptitudes artísticas, no encontraría, además de anacrónico, de pésimo gusto que en una obra cuya acción se supone en el siglo XV, se designe siempre á la dama con el nombre de *señorita* (2), ni más ni menos como en nuestros días se acostumbra? Y no se crea que sean estas minuciosidades indignas de detener en ellas la atención, que puesto que todos saben que las palabras sirven para dar nombre á las ideas, el conocer debidamente un idioma consiste en el uso acertado de las palabras que lo constituyen, y en no despertar nunca en el lector ó en el oyente ideas distintas

(1) Walter Scott, *Ivanhoe, Kenilworth*, etc.

(2) Así llaman siempre á Julieta todos los traductores españoles.

de las que queríamos nombrar. Ahora bien; cuando se oye decir señorita, todo se nos ocurre menos la idea de que se está hablando de una hermosa dama del siglo XV, y en vez de acudir en seguida á nuestra mente la representación de una época anterior á la nuestra, con sus pintorescos trajes, sus arraigadas creencias, sus preocupaciones, y más que todo su poesía, vemos tan sólo una muchacha bonita, con sombrero á la archiduquesa, que con su mamá al lado atraviesa gravemente la calle, luciendo el breve pie aprisionado en el lindo zapatito, obra de arte que los curiosos pueden admirar en cualquier escaparate de un maestro de obra prima. Enhorabuena que se dirá que á pesar de todo la traducción es fiel, porque la palabra es equivalente, y que siendo ésta la que precisamentè reproduce en nuestro idioma la empleada por el autor, no hay por qué acusar al traductor de infidelidad y de falta de inteligencia en el texto. Admitida tal teoría como buena, veamos qué resultados produce al pasar á la práctica, y fijémonos en una nota (1) de *La Hija del Rey de Egipto*, novela recientemente traducida del alemán, y en la que se nos dice que entre los antiguos egipcios había ya *guardia civil y policía*, ni más ni menos que entre nosotros.

Supongo que nadie encontrará acertado el uso que hace el traductor de términos propios y exclusivos de nuestra edad y nuestras costumbres para describir una civilización tan remota y tan distinta de la nuestra. Tales aplicaciones pueden atribuirse tan sólo á la más absoluta carencia de sentimiento artístico, pues de otro modo, la risa que inevitablemente acude á los labios del lector, por lo ridículo del contraste, hubiera de igual modo brotado bajo la pluma del traductor. Si aun se objetara que los anacronismos no son raros en las obras de Shakespeare, y que no es al traductor á quien toca corregirlos, ni poner mano en lo que el autor hizo, desde luego supongo que no se ha de entender en tal sentido lo ya dicho, y que si el autor habla de cañones y de cruces antes de Cristo, como sucede en *Hamlet*, haya de cargar el traductor con la culpa de tan graves yerros; nada de eso quiero decir: cumple al traductor, antes que todo, no falsear el pensamiento del autor, y ya se ha demostrado que cuando más fielmente se le cree traducir, si no se atiende más que á las palabras, se corre grave riesgo de falsearlo por completo

(1) Al fin del tomo I. No es preciso, sin embargo, acudir á las notas, pues el texto abunda en neologismos de gusto egipcio que nuestra falta de cultura no nos permite apreciar en todo su valor.

De aquí se deduce que podrá también suceder que no sea el que más á fondo conozca el inglés y más detenidamente haya estudiado cuanto relativamente al gran dramático se ha escrito, que ya es bastante (1), el que mejor lo traduzca á nuestra lengua; pues si lo que más arriba queda apuntado no bastara á demostrarlo, la historia literaria abunda en ejemplos que hacen patente esta verdad. De cuantos se propusieron traducir la *Iliada*, no fué el mejor helenista ni el más docto anticuario ni el más sabio erudito el que, según opinión de los inteligentes, logró hacer la mejor traducción del gran épico griego, sino el más poeta de todos, el que mejor que todos conocía el habla divina de la poesía. Y téngase en cuenta que no quiere esto decir que pasen inadvertidas del traductor, si entiende lo que trae entre manos, las mil bellezas que pueden adornan la obra que traduce; pero de que él las sienta, de que á él le conmuevan á que las haga pasar al idioma en que escribe, á que se las comunique á otros lectores, hay la misma diferencia que de oír mal leído el monólogo de *Hamlet* á escuchárselo á Rossi. Las palabras son las mismas; sin embargo, ¡cuán distinta la impresión que en nosotros producen! Pues sin desconocer el inmenso mérito de lo que oímos, más lugar da á enojo contra el lector el oírlo mal, que á la admiración y al asombro que de nosotros se apoderan cuando un gran artista interpreta fielmente lo que el autor quiso decir. Cosa sabida es ésta y en que no debiera insistir, pero por ser tan importante en el asunto que me ocupa, he de examinarla con prolijidad tal vez excesiva.

Es de todo punto incuestionable que de todas las personas capaces de sentir y admirar las bellezas de cualquier producción literaria, muy pocas, y á veces ninguna, puede haber capaces de hacer sentir á los otros impresión parecida á la que experimentan produciendo á su vez una obra de arte. Pero indudablemente, de todas

(1) En tiempo de A. Schlegel, á fines del último siglo, dice el sabio profesor (*Curso de lit. dram.*, lec. XIII) que ya se podía formar una biblioteca con los trabajos críticos que para ilustrar la vida ó las obras del gran poeta se habían escrito; calcúlese lo que será hoy, que brilla en todo su esplendor la gloria del insigne dramático. Nada parece, sin embargo, ó muy poco, lo hecho, á juzgar por la desoladora pobreza de nuestras bibliotecas, pues sin hablar más que de la Nacional, fuera de dos ó tres obras francesas de escasa importancia ya hoy, nada hay que pueda servir á quien se proponga estudiar seriamente á Shakespeare. Este abandono explica por qué en el *Manuel du libraire* de Brunet, donde hasta de traducciones polacas se habla, no se diga una palabra de las españolas, y que lo mismo suceda en el *Bibliographer Manual* de Lowndes, donde tan largo y minucioso artículo se dedica á Shakespeare.

esas personas, aquellas que más hondamente hayan sentido y admirado las bellezas de la obra en cuestión, aquellas cuya sensibilidad sea más exquisita, cuya imaginación sea más brillante, son las que pueden comunicarnos algo, si no todo, de su entusiasmo, y darnos más clara idea del objeto de su admiración. Pues bien; el traductor de un poeta es, por punto general, un aficionado á las letras, que admirando sinceramente á su autor, quiere darlo á conocer en su patria, hacer asequibles á todos aquellas bellezas que antes sólo á alguno era dado admirar, y con tan loable propósito acomete denodado la empresa y aparece la traducción. Es posible que, también con la mejor intención del mundo, ponga notas en los pasajes más culminantes, á fin de que al lector no pase inadvertido que allí debe conmoverse, pues lo que está leyendo es de lo más patético que se ha visto, ó bien que si no quiere pasar por hombre de mal gusto, debe admirar el delicado gracejo, la sal ática que hacen inimitable tal parte de la obra, y así por el estilo, indicándonos de este modo, no sólo que él ha sentido tan gratas impresiones, sino que también se propuso hacerlas sentir á cuantos leyeran su traducción. Y sin embargo, triste es decirlo, todo esto no basta si quien tal hace, además de entender el lenguaje poético, no sabe hablarlo, pues inútiles serán todos sus esfuerzos para reproducir las impresiones que él siente al leer el original. El mejor traductor de un poeta es, pues, otro poeta.

Desgraciadamente, ninguno de nuestros traductores lo era, y de ahí el que aun falte en España una buena traducción de Shakespeare. Al enumerar las diferentes versiones que con vario éxito salieron á luz, muy poco tendré que elogiar; mucho, al contrario, tendré que echar de menos, y aun que censurar duramente. Enhorabuena que se me dirá que es difícil la empresa; soy el primero en reconocerlo así, pero ahí también del tan viejo como olvidado precepto de Horacio: «Nadie se eche sobre los hombros carga superior á sus fuerzas.»

II.

Hace cinco ó seis años, las prensas de Barcelona arrojaban al mundo la primera traducción española del teatro completo de Shakespeare. Dedicábase esta edición al gran público, al público que compra libros y se suscribe á la *Historia de España*, de Zamora y Caballero, ó á la *Historia Universal*, de D. Nicolás María Serrano, y á fin de

conservar la tradicional manera de adquirir *insensiblemente*, pagando sin sentir tres veces más que lo justo, se publicaba, por entregas bajo el pomposo título de *Los grandes dramas de Shakespeare, primera versión española completa*, por RENOMBRADOS LITERATOS. De este modo, después de leer en la portada, en grandes caracteres rojos, que se trataba de una versión hecha por renombrados literatos, ¿quién se atrevería á dudar de la fidelidad y excelencia de la traducción? Y en efecto, la empresa pudo llevarse á feliz término, por cuanto una tras otra tuvimos el placer de ver sucederse las entregas hasta completar la obra, que encuadrada formados tomos en folio de muy regulares dimensiones. Abramos el primero de estos dos volúmenes, y veamos cuál es el primer drama y el primer traductor, que indudablemente será el más renombrado de la colección; y en efecto, sale un literato de justo renombre, pero de muy mala fama como traductor de Shakespeare. Ya se habrá adivinado que hablo del *Hamlet* traducido por Moratín.

Y sin embargo, aun cuando es innegable que la traducción de Moratín es mala, y justo, por consiguiente, el desdén con que se la mira, su trabajo es el primero hecho sobre el original inglés, y atendiendo á la opinión que por entonces prevalecía entre los críticos acerca de Shakespeare, á quien no se reconocía la indiscutible superioridad que hoy todos proclaman, no se ha de mirar al autor de *El sí de las niñas* como detractor del teatro de Shakespeare, ni ha de tacharse de mezquina su manera de criticar al gran dramático, á quien sinceramente admiraba y cuyo genio se complacía en proclamar. Cierto que, comparadas sus observaciones, muy atinadas á veces, con el eterno panegírico de Schlegel ó con la idolátrica admiración de nuestro tiempo, resulta, en efecto, notable diferencia en la manera de considerar al autor inglés y muy inferior el puesto que según él debía ocupar en la historia literaria. Pero si se ha de juzgar rectamente, ha de tenerse en cuenta que cuando Moratín elogiaba á Shakespeare y emprendía el primero en España la traducción de una de sus mejores obras, estaba aún reciente en la memoria de todos el desprecio con que en Francia Voltaire, y con él los clásicos, que entonces lo eran todos, hablaban del autor de *Otelo*, á quien sus mismos compatriotas, durante casi todo el último siglo, consideraban, como pronto hemos de ver, como un ingenio extraviado, rudo y grosero y falto de cultura.

Algo más, pues, merece la traducción de Moratín que la desdichosa frase que le dedica Ticknor en su *Historia de la literatura es-*

pañola, donde sólo se lee que la traducción del *Hamlet* es una mala versión en prosa (1); y es sobremanera injusto el desprecio con que siempre se le cita, olvidando la inmensa distancia que hay entre la primera traducción española del *Hamlet* y los desatinados arreglos que en tiempo del mismo Moratín hacían Lacalle y aun el famoso D. Ramón de la Cruz, cuya ignorancia llegaba al vergonzoso extremo de creer originales las obras francesas de que se servían, y no saber, como veremos al hablar del teatro, que en el mundo había habido un poeta llamado Guillermo Shakespeare.

Por lo demás, la traducción de Moratín, notable para el tiempo en que se hizo, es una imitación pálida y fría del original, incapaz de dar idea de la inmensa grandeza de la obra, que á veces no entiende el traductor, quien, por punto general, vacila entre los rasgos de genio que acusan por doquiera al gran poeta y la continua infracción de aquellas reglas, que al clásico traductor parecen indispensables, y sin cuyo requisito no se hubiera atrevido á calificar de bella ninguna obra dramática. El inimitable intérprete de Molière quedó desconcertado ante aquel Príncipe de Dinamarca, que tiene ocurrencias tan raras y dice cosas tan hondas, entre mil trivialidades incomprensibles, y es, en fin, un loco que penetra en la conciencia humana de una manera á la verdad tan maravillosa que, aun entendiéndolo nada más que á medias, se echa de ver que quien tal piensa es más filósofo que cuantos frecuentaron las escuelas, y quien dice como él dice, digno, si jamás lo fué hombre alguno, de ser tenido por favorito de las musas. Pero si Moratín reconoce el genio de Shakespeare y no puede á veces contener la admiración que le inspira, ataca encarnizadamente los procedimientos artísticos del poeta que, desdeñando toda regla, sin más ley que su genio ni otro freno que su voluntad, traslada la escena de un punto á otro con desesperante frecuencia, y hace que el tiempo y la distancia no opongan nunca el más leve obstáculo á la marcha de sus producciones, manejándolos, con increíble desenfado, como mejor conviene á su propósito. Pero dejemos ya á Moratín y veamos cómo han salido de su empeño los demás literatos, ninguno de los cuales es renombrado, pues se me figura que fuera de sus parientes y amigos, nadie ha tenido el honor, no ya de nombrarlos, pero ni aun de oírlos nombrar.

Leyendo atentamente el teatro de Shakespeare en esta traducción, es, ante todo, imposible reconocer las grandes facultades poé-

ticas del insigne dramático, porque lo que de la acción no han podido maltratar los traductores, de tal manera resulta empequeñecido y afeado, por la absoluta carencia de sentimiento artístico de los encargados de verterlo á nuestro idioma, que más que admiración y respeto al inmenso genio del poeta inglés, siente el lector el disgusto que inevitablemente produce el no encontrar las bellezas que por doquiera proclaman los admiradores del gran dramático. Y es que no puede darse conjunto más heterogéneo, mezcla más extravagante que nuestra primera versión del teatro completo de Shakespeare.

D. Francisco Nacente, el editor, es uno de los más entusiastas y empedernidos traductores de la colección, que es tal, que fuera ímproba y enojosísima tarea el examinar minuciosamente, porque, en efecto, obras hay que escapan á todo examen, pues lo primero que al lector se le ocurre es que la obra que de extraño é inusitado modo interpreta el traductor, no tiene más parecido con el original que el idioma que emplea con el español. Es, sin embargo, preciso exceptuar alguna de las traducciones que desde luego debe ocupar puesto preferente en la malaventurada versión, pero aun entonces se echa de ver más bien la ayuda de traducciones extranjeras que el trabajo sobre el original. Con todo, el *Otelo*, que es la obra á que principalmente aludo, traducido por el Sr. Sánchez Garay, tiene escenas bellísimamente traducidas y un sentimiento artístico que se echa de menos en los demás colaboradores de la traducción. Por fortuna, traductores más entendidos han sucedido en poco tiempo á los de Barcelona, y hoy nadie se acuerda de la *primera versión española completa del teatro de Shakespeare*.

De cuantos se propusieron verter al castellano las obras de Shakespeare, ninguno ha hecho, sin duda, más concienzudo estudio del original, de cuanto pudiera ilustrar la vida ó las obras del autor y hasta de las traducciones extranjeras, que el Marqués de Dos Hermanas. Es, á la verdad, su traducción digna de aplauso por el inmenso trabajo que representa y por las curiosas notas que la enriquecen y la hacen digna de figurar al lado de las sabias ediciones de los clásicos, honra de la paciencia y de la erudición germánicas. Proponíase, sin duda, el sabio traductor verter íntegras al castellano todas las obras del gran poeta, por cuanto la titula *Obras de William Shakespeare* (1), y da principio por los sonetos y poemas,

(1) «A bad prose version.»—*History of spanish literature*.

(1) *Obras de William Sakespeare, traducidas fielmente del original inglés.*—Madrid, 1872.

siendo su traducción la única española de que yo tengo noticia. Ignoro por qué causa sólo salieron á luz dos dramas: *El Mercader de Venecia* y *Romeo y Julieta*, que ocupan cada uno un tomo de regulares dimensiones, tal es la profusión de notas y aclaraciones con que el traductor los presenta. Es, pues, el Marqués de Dos Hermanas traductor eruditísimo, á quien nada hay que pedir en cuanto á profundo conocimiento del texto se requiere, y sin embargo, ¡cuánto dista su traducción de ser fiel, por más que así nos lo diga el traductor en la portada! Lo que principalmente se nota es que á fuerza de estudiar el texto inglés se olvida el traductor de que escribe en castellano, y de ahí frases y aun períodos ininteligibles ó que, si algo dicen, no es, ni con mucho, lo que dice el texto. En *El Mercader de Venecia*, acto V, escena I, cuando Jesica habla de la melancolía que siempre le produce la música, Lorenzo le contesta:

«La intensión de vuestros alientos es la causa. Fijaos tan sólo sobre un retozón, montaraz rebaño, sobre un atajo de jóvenes, indomésticos potrancones, saltando con desatino en la pradera, lanzando berridos y estrepitosos relinchos, efecto de la ardiente constitución de su sangre; si por casualidad llega á oír el son de una trompeta ó hiere sus oídos un aire musical cualquiera, les veréis que de mancomún se detienen y á efecto del dulce poder de la música, que toman sus ojos salvajes un mirar apacible. Hé aquí por qué los poetas supusieron que Orfeo conmovía los árboles, las piedras y los ríos, teniendo en cuenta que nada tan insensible, tan duro y ensañado existe que la música no haga cambiar de carácter con el tiempo. *El hombre de inarmónica esencia*, á quien no conmueve el acorde de los dulces concientos, es capaz de traiciones, estratagemas y malignidades; los movimientos de su alma son sordos como la noche y sus inclinaciones negras como el Erebo. No os fiéis de semejante hombre. Escuchad la música.»

Creo que esto bastará para indicar que el erudito traductor no es en general afortunado en la versión del gran poeta, y que es, por tanto, imposible conocerlo en su traducción, donde tan rara y desusada interpretación tienen los pasajes más sencillos del original. Y no quiere decir esto que abrigue yo la más leve sospecha de que carezca el traductor de los indispensables conocimientos que tal obra exige. Creo firmemente, y no otra cosa puede decirse, que lo que el estudio y el trabajo puede dar, ninguno de los traductores de Shakespeare lo reúne en mayor grado que el primer intérprete de

los sonetos; pero también se me figura que á más de no tener la aptitud indispensable para traducir un poeta cualquiera, y mucho menos á Shakespeare, no ha hecho el necesario estudio del propio idioma, para que no resulte, lo que es tan frecuente en su traducción, que no se sepa lo que quiere decir.

Claro es que si tal es la falta general en que á menudo incurre este traductor (1), el conjunto apenas servirá para dar una ligera idea del poeta inglés. Inútilmente buscaremos en la traducción de *Romeo y Julieta* al leer la famosa despedida de los dos amantes, la ingenuidad, la tierna sencillez del original, que hace acudir las lágrimas á los ojos y despierta en nuestra alma dulces recuerdos de ventura. Aquella delicadísima poesía que envuelve la hermosa figura de Julieta desaparece en la traducción bajo un fárrago de sibilíticas frases, de tal modo que, á veces, más que un drama parecería estar leyendo un tratado de filosofía krausista expuesto con toda la claridad y sencillez propias de la escuela.

Más afortunado, á mi parecer, fué el Marqués de Dos Hermanas en la traducción de los sonetos y poemas, que ocupa el primer tomo de los tres publicados. Es su traducción la única española que conozco, y sea por la mayor facilidad de la empresa, ó por cualquier otra causa, es lo cierto que, ante todo, está hecha con la claridad y sencillez que se echan de menos en las obras dramáticas; y que si bien carece de la entonación poética indispensable para la verdadera inteligencia del texto, no deja duda alguna acerca de lo que quiere decir y sigue con la fidelidad posible el original. Un *Breve estudio sobre los sonetos de Shakespeare* que acompaña á la traducción, sirve al autor para que haciendo gala de su erudición shakesperiana se proponga, con ayuda de las obras que acerca de la materia andan más validas entre los eruditos, hallar la solución al arduo problema, tan debatido en nuestro siglo, de saber en qué pasó su juventud Shakespeare, oscuro enigma cuya clave, dicen, se contiene en los sonetos.

Y á la verdad que mucho se ha escrito, casi siempre con poco fruto, acerca de los tales sonetos; y como siempre sucede, cada investigador halló cosas nuevas, del todo diferentes de las de los que le habían precedido, resultando de aquí que al leer después lo que

(1) Por no pecar de prolijo, evito hacer largas citas que plenamente demostrasen lo que digo; pero con sólo tomarse el trabajo de leer algunas escenas de *El Mercader de Venecia* ó de *Romeo y Julieta* podría verse confirmado lo que aquí se dice.

acerca de la juventud del gran poeta nos dan como indudable los pacientes comentadores, no hay medio de ponerlos de acuerdo, ni de entenderse, ni de darse cuenta absolutamente cómo tan raras y tan distintas opiniones pudieron nacer del simple estudio de aquellos sonetos, que siguiendo la corriente del uso, sin más intención que la que allí claramente se ve de cantar los dulces goces de la amistad ó exhalar amorosas quejas, compuso el autor, rindiendo culto á la costumbre general de su tiempo.

Un ilustre crítico francés, de rica imaginación, gran conocedor de la literatura inglesa y admirador ferviente de Shakespeare, ha encontrado en los sonetos más sin duda de lo que necesitaba para pintar con toda minuciosidad las secretas penas del alma del gran poeta, el sufrimiento horrible que la conciencia de su humilde estado le causaba, los tormentos de un amor sin límites inspirado por una hermosa infiel, y en fin, que no hay relación novelesca ni poética descripción que en esto le aventaje. Eso sí, diciéndonos á cada momento que cuanto él afirma no puede ni ponerse en duda, que es todo evidéntísimo, que él ha visto los documentos que palmariamente lo demuestran, muchos de ellos desconocidos á cuantos en este trabajo le precedieron, y que por tanto, nada hay que objetar á cuanto dice (1). Bellísimo es el trabajo de Mr. Chasles, pero si después leemos la obra que muy posteriormente, y sólo para explicar los sonetos, escribió G. Massey (2), nada ó muy poco hallaremos de cuanto la pintoresca descripción del elegante escritor contiene.

Y esto nos lleva, como de la mano, á considerar, siquiera sea de paso, la no menos debatida cuestión de si la superioridad de Shakespeare fué ó no reconocida por sus contemporáneos. Y cuenta que ya es esta duda más importante, por cuanto afecta en general á la historia literaria, siendo su solución digna de más profundo estudio que lo que solamente se refiere á la vida íntima de Shakespeare.

Que en su tiempo fuese tenido por gran autor, puede decirse que está ya hoy fuera de duda. No es sostenible, como Chasles y Taine pretenden, que le asignasen rango inferior entre los autores los literatos de la época. El famoso Ben Jónson, á quien dicen que en su tiempo concedían todos el primer lugar, ha dejado en una obra pu-

(1) Ph. Chasles.—*Études sur Shakespeare*, y al principio de los *Études sur l'Espagne*.—Cuanto relativamente á este autor se diga, es aplicable á Taine.—*Hist. de la litter. angl.*, tom. II, que en el capítulo que consagra á Shakespeare le sigue fielmente.

(2) *Shakespeare's sonnets never before interpreted.*

blicada en sus últimos años irrecusable testimonio del alto concepto que le merecía el gran poeta. Recuerda la prodigiosa facilidad de expresión que fué el asombro de los contemporáneos, la maravillosa rapidez de su ingenio, y la pasmosa afluencia con que las palabras en tropel acudían á sus labios, obligándole á detenerse, á veces, para poder decir las. Y en cuanto á la manera de escribir del *dulce* Shakespeare, como entonces le llamaban, recuerda que los comediantes decían, elogiándolo, que apenas una enmienda se encontraba en sus escritos, á lo que él contestaba: «Así hubiera mil,» lamentando que tan maravillosas facultades no fueran empleadas con lo que él juzgaba más sabio acierto (1).

Era Ben Jónson profundo conocedor de la antigüedad clásica; su admiración por los grandes maestros griegos y latinos llegaba casi á la idolatría, y sin embargo, el erudito escritor á quien se debe la mejor edición de todas sus obras, no vacila en afirmar que más aun admiraba á Shakespeare el clásico Jónson que á los antiguos, que mejor que otro alguno conoció en su tiempo (2). Si aun esto no bastara, fácil sería acumular citas de escritores contemporáneos ó muy poco posteriores á Shakespeare, que no sólo hablan de él como de un gran autor, sino que le ponen muy por encima de todos los otros, contra lo que dice Chasles. Se funda principalmente el crítico francés, para sostener su aserto, en la relación de un contemporáneo, en que se habla de Shakespeare como de autor de segundo orden. La única objeción que á tan ligero juicio puede ha-

(1) *Jonson's Discoveries*, «I remember, the players have often mentioned it as an honour to Shakspeare, that in his writing whatsoever he penned, he never blotted out a line. My answer hath been «Would he had blotted out a thousand,» which they thought a malevolent speech... He was indeed honest and of an open and free nature; had an excellent phantasy, brave notions and gentle expressions, wherein he flowed with that facility that sometimes, it was necessary he should be stopped. *Suflaminandus erat* as Augustus said of Haterius. His wit was in his power, would the rule of it had been so to.» Cf. el prólogo que los autores pusieron á la primera edición de Shakspeare, 1623, in-fol, donde se lee: *His mind and hand went together; and what he thought he uttered with that easiness that we have scarce received a blot in his papers.*

(2) «Jonson not only sets Shakespeare above his contemporaries but above the ancients whose works himself idolized and of whose genuine merits, he was perhaps a more competent judge than any scholar of his age.»—Gifford's, edition of Jonson's Works, vol. VIII, pág. 333.—Véase también la curiosísima *Historia de la opinión acerca de las obras de Shakspeare*, en el tomo XII de *Chamber's Knight's cabinet, edition of Shakespeare.*

cerse es, ante todo, ver cuál era la opinión de Jonson, á quien el crítico francés concede el primer lugar entre los escritores de aquel tiempo, y luego examinar las obras de índole esencialmente literaria que por entonces salieron á luz y en las que se habla, comparándolos entre sí, de los poetas dramáticos. Ya hemos visto cómo juzgaba Jónson á nuestro poeta. Milton, que pertenece á la generación que siguió á Shakespeare, manifiesta la admiración que aquel genio le merecía, en un soneto consagrado sólo á ensalzar su memoria (1) y en una obra que por aquel tiempo se publicó acerca de los autores dramáticos ingleses, después de hablar de Jónson, Marlowe, Chapman y Fletcher, precisamente los mismos que Ph. Chasles nombra como más estimados que Shakespeare, se le llama á éste gloria de la escena inglesa, y de Stratford on Avon, lugar de su nacimiento, dice el autor que, con haber visto allí la luz primera tan gran hombre, puede estar más orgullosa que otra ciudad alguna, y así sigue en el mismo tono, deshaciéndose en alabanzas y poniéndolo por las nubes (2).

En vida del mismo Shakespeare, decía de él un escritor que, así como de Euforbo se decía que vivía en el alma de Pitágoras, del mismo modo el ingenio de Ovidio revivía en Shakespeare, que era á la vez el Plauto y el Séneca del teatro inglés, pues igualmente sobresalía en la tragedia y en la comedia, como certificaban sus inmortales obras. Y que del mismo modo que Epio Stolo decía que, si las Musas hablasen latín, hablarían como Plauto, así él creía que, de hablar inglés, lo hablarían como Shakespeare (3).

(1) El soneto, que lleva por epígrafe *An Epitaph on the admirable dramatic poet, W. Shakespeare.*—También en el *Allegro* habla Milton de Shakespeare el *dulcísimo*:

«Then to the well-trod stage anon
If Jonson's learned sock be on
Or sweetest Shakespeare, Fancy's child
Warble his native wood-notes wild.»

(2) Edward Phillips, *Theatrum Poetarum Anglicanorum*—Londres, 1675.

(3) «As the soule of Euphorbus was thought to live in Pythagoras: so the sweete wittie soule of Ovid lives in mellifluous and honytongued Shakespeare, witness *Venus and Adonis*, his *Lucrece*... As Platus and Seneca are accounted the best for Comedy and Tragedy among the Latines, so Shakespeare among ye English is the most excellent in both kinds for the stage; for Comedy witness his *Gentlemè of Verona*, his *Errors*... As Epiaus Stolo said the Muses woul speak with Plautus tongue if they would speak Latin: so I say the Muses would speak with Shakespeare's fine filed phrase, if they would speak English.»—FRANCIS MERES.—*Wits Treasury*, 1598, 12.º

Sin embargo, desde fines del siglo XVII hasta muy entrado el XVIII, mucho decayó entre sus mismos compatriotas la reputación del gran dramático, por más que diga el autor de la *Historia de la opinión acerca de las obras de Shakespeare*, que más arriba queda citado. El conocido historiador y filósofo David Hume, al hablar de Shakespeare como de un ingenio rudo y grosero, dedicándole brevísimo espacio y no citando en particular ninguna de sus obras, no hace más que repetir fielmente lo que en su tiempo era común opinión, es decir, que la naturaleza le había dotado de gran ingenio, pero que la falta de arte y la más grosera ignorancia habían producido las mil monstruosidades que afeaban sus obras (1). Por eso A. Schlegel, fervientísimo admirador de Shakespeare, lleno de indignación, echa en cara á los ingleses la fría indiferencia con que durante casi todo el siglo pasado miraron las obras del primero de sus escritores, proclamando como muy superiores á su autor nacional los grandes maestros del teatro francés, opinión que en nuestra época nadie se atrevería á sustentar (2).

Por lo demás, sabido es que hasta el último tercio del pasado siglo no fué Shakespeare conocido en Francia ni en Alemania, y que si en esta Nación tuvo desde el principio tan sabio y autorizado admirador como Lessing y traductor tan elegante y fiel como Schlegel, no así en Francia, donde la famosa versión de Letourneur apenas sirvió á dar ligera idea del gran dramático, si bien bastó para que algunos encontrasen ya que el rudo é ignorante inglés era muy digno de ser estudiado y aun tenido en más que autores que, hasta entonces, nadie se atrevía á someter á tan vergonzoso paralelo. Pruébalo hasta la evidencia la indignación de Voltaire, que en sus cartas á D'Alembert, y más especialmente en la famosa que dirigió á la Academia Francesa, se desata en improperios y groseros insultos contra el miserable bufón, el andrajoso saltimbanquis que algunos se atrevían á comparar con Racine, con Corneille y con él mismo (3).

(1) D. Hume, *History of England*, tomo VI de la edición en 8.º—Apéndice.

(2) *Curso de literatura dramática*, lec. XIII.

(3) Correspondance de Voltaire avec D'Alembert, lettres CDV á CDXII, en el tomo LV de sus *Œuvres complètes*.—París, Dupont, 1824.—El final de la carta, á la Academia, que, según dice D'Alembert, que fué el encargado de leerla, fué muy aplaudido, merece copiarse.—*Figurez vous, MM., Louis XIV dans sa galerie de Versailles entouré de sa cour brillante; un Gilles couvert de lambeaux perce la foule des héros,*

Nosotros, que hablamos con desdén de Moratín porque no era decidido admirador de Shakespeare, debemos, antes bien, estarle agradecidos y reconocer que en esto, como en otras cosas, debe ocupar sitio honroso entre sus contemporáneos. Cierta que sus notas al *Hamlet*, que casi pueden verse en la crítica que de esta obra hace Voltaire en la carta á la Academia Francesa, así como las observaciones que algunas obras de Shakespeare le sugieren, y que como notas de viaje figuran en sus obras póstumas (1), están inspiradas en la manera de juzgar al autor inglés de nuestros vecinos; pero reconocía desde luego su inmenso genio y no vacilaba en afirmar que á veces era grande y sublime, y esto es ya mucho, en una época en que la culta Francia, modelo que todas las naciones trataban de imitar, apenas se atrevía á llamar bellas las escenas que hoy no vacilamos en calificar de sublimes, y un autor dramático, Marie-Joseph Chénier, extrañaba que su hermano, el famoso Andrés, encontrase escenas admirables en un autor entre cuyos dramas apenas había uno que le mereciese nombre de tal (2).

Falta tan sólo, para completar la bibliografía shakerperiana en España, hablar de las traducciones de Jaime Clark y de Macpherson, y de la que aun está en publicación de Menéndez Pelayo.

La traducción de Jaime Clark (3) es, á no dudar, mucho mejor que la de cuantos le habían precedido, y puede también decirse de las mejores que tenemos en castellano, pero no quiere decir esto que su traducción sea buena. Lejos de eso. Luchaba Clark con la falta del indispensable dominio de nuestra lengua, que para quien acomete tamaña empresa, es tan necesario, que sin él, aunque se

des grands hommes et des beautés qui composent cette cour, et propose à cette assemblée d'abandonner les tragédies de Racine pour un saltimbanque qui fait des contorsions et qui a des saillies heureuses. Comment croyez-vous que cette offre serait reçue?—*Œuvres compl.*, tom. XLVII.

(1) En el tomo III.

(2) «Vous me paraissez indulgent pour Shakespeare; vous trouvez qu'il a des scènes admirables. J'avoue que dans tous ses drames je n'en connais qu'un seul qui mérite à mon gré ce nom.»—*Œuvres poétiques d'André de Chénier*—Paris, Lemerre, 1874. en la noticia preliminar de G. de Chénier, pág. XLIV.—Véase también Villemain, *Tableau de la littérature au XVIII^e siècle*, parte III, lec. VI.

(3) *Obras de Shakespeare, versión castellana, de Jaime Clark*.—Madrid.—Medina y Navarro. Sólo se publicaron cuatro tomos, cada uno de los cuales contiene dos dramas: *Hamlet*, *Las Alegres Comadres*, *Otelo*, *Mucho ruido para nada*, *Romeo y Julieta*, *Como gustéis*, *El Mercader de Venecia* y *Medida por medida*, son las obras publicadas.

tengan todas las demás cualidades que en un buen traductor se exigen, es imposible hacer nada duradero. Consecuencia de esto son las mil locuciones bárbaras, los inusitados giros que con tanta frecuencia se encuentran en su traducción y que bastan á destruir y hacer nula la impresión que la lectura de pasajes bien traducidos hubiera producido en el lector. Y como este juicio pudiera parecer algo severo, preciso es no olvidar que, siguiendo su traducción el texto hasta en la forma, de modo que lo que en el original está en prosa también lo está en la traducción, donde el autor usa el verso libre, al verso libre se ajusta el traductor, arguye esto en quien tal hace profundo conocimiento del idioma, gran práctica en la versificación, y, en fin, cuanto precisamente se echa de menos en la traducción de Clark, en cuanto á producir en el lector la impresión poética que el traductor desea.

Pero con todos estos defectos, la traducción de Clark inaugura lo que podría llamarse el segundo período, la era de las buenas traducciones que la creciente fama del autor inglés hacía indispensable para que siquiera en parte pudiera el público satisfacer su curiosidad. La traducción de Clark, ajustándose estrictamente al original, que sigue fielmente, procurando, aunque pocas veces lo consiga, trasladar con las palabras el espíritu que anima las obras del inmortal autor, aun en su parte externa, por decirlo así, en su estructura, despierta en nosotros la esperanza de que no faltará quien, poseyendo las aptitudes poéticas, que en Clark son tan deficientes, venga á continuar la obra de Villalta, el inimitable traductor de *Macbeth*, de quien pronto habré de hablar largamente. El que después de Clark traduzca á Shakespeare, y lo traduzca con aplauso, será ya un buen traductor y su obra digna de mayor encomio, atendida la dificultad y el estudio que representa, del que generalmente suele tributarse al que acomete la generosa tarea de hacer asequible á todos lo que antes era privilegio de algunos.

Y hé aquí que nos acercamos al término de nuestro trabajo con la aparición de las traducciones de Macpherson, justamente celebradas y recibidas con general aplauso.

El Sr. G. Macpherson, en los cuatro dramas que tradujo, es á saber, *Hamlet*, *Otelo*, *Macbeth* y *Romeo y Julieta*, más acertado anduvo que Clark, y por ahora sus traducciones ocupan indudablemente el primer puesto entre nosotros. No pierdo la esperanza de que aun publique el Sr. Macpherson la traducción de las demás obras del gran dramático, y sinceramente deseo que lo haga, pues

si no una traducción modelo, tendremos una apreciable versión del más difícil de traducir de los autores, en la que al par de completa inteligencia del texto, demostrará el traductor que también conoce nuestra lengua, y que por tanto, la respeta. Sólo, sí, preciso es notar que si bien las ideas expuestas por el traductor en el prólogo de *Romeo y Julieta* son las únicas que sirven para hacer buenas traducciones, debe usarse con mucha parsimonia la sustitución de lo que parece intraducible por lo que se juzga aproximado ó equivalente en nuestro idioma. Sobre todo, lo que nunca debe hacerse es, cuando el autor alude á las costumbres de su nación ó á las creencias populares, ó á algo, en fin, esencialmente local, sustituir esto por lo que el traductor juzga parecido en nuestras costumbres; pues tal práctica á lo que conduce es, ante todo, á cometer gravísimos errores de que el autor es inocente, atribuyendo á un pueblo creencias y peculiaridades de otro; y luego, como consecuencia de esto, á cambiar de notable modo el carácter de la obra.

Y paro en esto la atención, porque el Sr. Macpherson, al traducir la canción de Ofelia, sustituye lo que el autor dice aludiendo á la creencia popular de su nación, que el primer joven que encuentre una muchacha al salir de casa en la mañana de San Valentín es el destinado á ser su esposo, por algo parecido entre nosotros, sólo que en vez de ser el día de San Valentín es el de San Juan. Del mismo modo en los difícilísimos diálogos que hacen casi imposible la traducción íntegra de algunas escenas de *Romeo y Julieta*, el señor Macpherson altera notablemente el texto, lo cual, si bien tiene explicación en la absoluta imposibilidad de verterlo tal como está al castellano, exige por lo menos, para tranquilidad siquiera de la conciencia del traductor, que éste haga notar cuándo se separa del texto y por qué. De otra manera, el traductor nos impone *vellis nollis* su opinión, y á veces tomaremos por muy claro y sencillo en el texto lo que es en realidad oscuro y difícil, pues si el traductor, sin la menor vacilación, encuentra medio hábil de expresarlo, no otra cosa podemos creer.

Ejemplo de esto es un pasaje bastante oscuro del *Otelo* que ha dado mucho que decir á los comentadores sin llegar á nada cierto, y que nuestros traductores interpretaron á su manera, sin tomarse la molestia de decirnos que lo que ponen no es lo que se halla en el original, sino lo que á ellos les parece que debe ser. Sólo hay uno, el menos conocido, el Sr. Sánchez Garay, autor de la traducción que figura en *Los grandes dramas de Shakespeare*, ya citada, que

en la duda, se atuvo al texto, obrando en esto con mucho acierto, y expone en una breve nota lo que le parece que puede explicar el pasaje. Es en el acto V, escena II, cuando Otelo entra para matar á Desdémona. Dice el texto:

It is the cause, it is the cause, my soul:

que, como se ve, traducido literalmente dice: *Esta es la causa, ésta es la causa, alma mía*, como pone el traductor de Barcelona. La dificultad de este pasaje está, no en su versión literal, que es facilísima, sino en saber á qué causa se refiere el autor, pues entre ese verso y los que siguen no hay relación alguna que pueda hacerla descubrir. Que lo que es algo oscuro en el texto resulte clarísimo en la traducción, como sucede en las versiones de Clark y de Macpherson, sin que sepamos por qué encuentran resuelto y definido lo que en el original no lo está, me parece algo raro. En la traducción de Clark se lee:

Es con razón, es con razón, mi alma.

Si esta versión parece algo atrevida, veamos la de Macpherson, donde se encuentra:

Lo exige el caso, corazón, el caso.

Donde *cause*, causa, se hace equivaler á *case*, caso, lo cual nunca sucede ni en Shakespeare ni en ningún escritor inglés (1). Esta liberalidad en traducir por equivalencias, suele ser de resultados fatales para el autor extranjero, que se ve forzado á pasar antes por la inteligencia del traductor que, como señor absoluto, decide su suerte. No quiero hacer ya más enojoso este trabajo de lo que es de suyo, recargándolo de citas; pero quien se tome la molestia de leer la escena primera del primer acto de *Romeo y Julieta* en las diferentes traducciones españolas que he citado, las hallará tan distintas una de otra, que apenas si se imaginará que todas sean traducción del mismo y único texto. Y es lo peor que, aun siendo tantas y tan diferentes, ninguna hay que nos satisfaga por completo y nos

(1) Inútilmente se buscará en las muchas obras especialmente dedicadas á explicar el texto de Shakespeare nada que autorice la versión de nuestros traductores. Véase *A critical examination of the text of Shakespeare, A verbal index, etc. Glossary of obsolete words, or of words varying from their original signification*, en la edición de Johnson, Steevens y Reed. Londres, 1817.

haga echar en olvido las restantes; pues si una nos parece mejor escrita, como la de Macpherson, es, en cambio, mucho más infiel que la de Clark, que abunda en escabrosidades de dicción irresistibles á todo oído latino.

Inútil es, pues, repetir lo que ya antes queda dicho, que aun está por hacer la traducción española de Shakespeare, que los esfuerzos dignos de todo elogio de cuantos hasta hoy acometieron tamaña empresa han dado por resultado que empiece entre nosotros á estudiarse con la detención que merece el gran autor inglés; pero que muy rara vez, al leer las versiones españolas, admiraremos en toda su grandeza el inmenso genio que puso en boca de uno de sus más celebrados personajes la suerte que un día había de caberle á él al pasar á otros idiomas:

Palabras, palabras, palabras.

Pero la poesía, la grandeza del conjunto, lo característico, la principal gloria del insigne dramático, sólo alguna que otra vez ó en algún fragmento que un poeta distinguido, con veneración respetuosa y sacro entusiasmo, quiso hacer pasar á nuestra lengua para que todos sintiésemos lo que él sentía al leer el original.

El monólogo de Hamlet, traducido por Tassara, y principalmente la muerte del Rey Duncan del *Macbeth*, son en esto modelos dignos de que todo traductor pare en ellos la atención y vea cómo no es imposible traducir de la manera que más arriba he apuntado. Lo que sí es indispensable, que quien á tal se atreva cuente en su ayuda con las alas brillantes de la poesía, pues de otro modo inútiles serán sus esfuerzos, vano y estéril su empeño. El monólogo de Macbeth, cuando va á dar muerte á Duncan, está tan admirablemente traducido, que al leerlo sentimos la misma impresión de horror que la lectura del original produce; bajo aquellos bellísimos versos vemos aparecer el negro castillo del señor de Cawdor envuelto en las sombras, y á nuestra vista se presenta el mísero ambicioso, llena la mente de supersticiosos terrores, atemorizado de sí mismo, víctima ya del atroz remordimiento que ni un instante habrá de abandonarle, cuando después de consumado el crimen contemple con horror la sangre que enrojece sus manos y que el inmenso Océano no bastara á lavar.

Para que se tenga breve muestra de lo que digo, copiaré algunos versos en los que nada echamos de menos de cuanto nos parece necesario en una traducción modelo, como no sea alguna que otra omisión que la belleza del conjunto hace olvidar:

Esta es la hora
Que como muerta en la mitad del mundo
Natura yace, y lúgubres visiones
Van á inquietar el sueño entre tapices;
Que á la pálida Hecate alzan ofrendas
Las brujas, y el medroso asesinato
(Por centinela el lobo y sus aullidos
Por voz de alerta), de Tarquino á ejemplo,
Con sordo tranco y atentada huella
A su designio como sombra avanza.
¡Oh tú, inconsciente, inmovible tierra!
No oigas mis pasos por do van, no sea
Que hasta las mismas piedras me delaten,
Y arranca, arranca la presente hora
Del tiempo que la trae. Mientras yo amago,
Él vive, él vive .. En cuanto llegue es muerto,
Dando está la señal esa campana:
Duncan, no la oigas tú, que su sonido
Te está llamando al cielo ó al infierno.

(MACBETH, act. II, esc. I.—*Poesías de Tassara*.—Madrid, 1872.)

El mismo ó superior elogio me merece la traducción del monólogo de Hamlet hecha por el célebre *español-inglés* Blanco White, que aun está inédita, pero que muy pronto verá la luz pública (1). Últimamente citaré la traducción del mismo monólogo del Sr. Abarzuza, y principalmente el discurso de Marco Antonio, que en bellísimos versos, con fidelidad notable, ha vertido á nuestra lengua el distinguido traductor de *Rolla*. Por ser poco conocido fuera de Madrid y muy digno de ser leído y admirado, copiaré aquí algunos de los hermosos versos en que está escrito.

¡Pueblo romano, amigos, compatriotas!
prestadme vuestro oído;
doy sepultura á César y no elogios.
El mal que hacen los hombres
el límite traspasa de su vida;
el bien que hacen los hombres, con frecuencia
se entierra con sus restos y se olvida:
así con César pasa. El noble Bruto,
quien con justicia vuestro aplauso exalta,

(1) El Sr. Menéndez Pelayo, que lo posee juntamente con otros muchos escritos curiosísimos del célebre canónigo, ha publicado, después de escrito el presente trabajo, en los números 23 y 25 de esta REVISTA, una extensa noticia acerca de la vida y escritos de Blanco, donde puede verse la traducción aquí citada.

os ha dicho que César fué ambicioso;
 y si este cargo queda comprobado,
 es una grave falta
 que gravemente César ha expiado.
 Me han permitido Bruto y sus parciales
 (y admiro en todos la honradez de Bruto)
 que os hable, para honrar los funerales
 de César, ofreciéndole el tributo
 que pagar es forzoso
 á un amigo leal y acrisolado;
 pero Bruto lo tacha de ambicioso,
 y Bruto es hombre honrado.

(Señala el féretro.)

El cautivos sin cuento á Roma trajo,
 inundándola en oro sus rescates;
 y esta ambición que su tesoro llena,
 que á sus contrarios doma,
 César la tuvo; pero ¿quién condena
 esta ambición de engrandecer á Roma?
 La insensible ambición ¿cuándo repara
 que el ajeno dolor consuelo implora?
 ¿Cuándo el pobre lloró, sin que él llorara?
 Esta ambición que se conmueve y llora,
 para ser ambición, es poco dura;
 pero ambicioso Bruto lo declara;
 Bruto, que es hombre honrado, lo asegura.
 Recordáis que en las fiestas lupercales
 yo le ofrecí tres veces la corona,
 que rechazó tres veces: ¿no desdice
 esto de la ambición? Será ambicioso
 César, pero es honrado quien lo dice.
 Todos lo amasteis, no sin fundamento.
 ¿Quién os impide que os cubrais de luto
 por el hombre que amabais? ¡Pensamiento!
 huyes entre las fieras, cuando pierden
 los hombres su razón.—Me falta aliento,
 y es necesario que callar resuelva:
 con él está mi espíritu en su féretro
 y yo debo callar hasta que vuelva.

(Poemas de Francisco de Abarruzza.—Madrid, 1881.)

Lástima grande, que sólo á alguna que otra escena limiten su trabajo traductores de condiciones tan excepcionales como los dos últimos, pues aunque no se me oculta que una cosa es dedicarse sólo á algunos pasajes y otra muy distinta tratar de verter á nuestra lengua un drama entero, con todo, es casi seguro que propo-

niéndoselo saldrían airosos de la empresa, pues demostrada tienen su aptitud para ello.

Como se ve, bien limitada es entre nosotros la bibliografía shakeriana, pues si se exceptúa la traducción que actualmente publica el Sr. Menéndez Pelayo y de que hablaré por extenso cuando esté terminada, á las que he citado se reducen las conocidas. Poco es, sin duda, lo hecho, más no tanto que no merezcamos un sitio, siquiera humilde, en las bibliografías extranjerías, donde al citar las traducciones de Shakespeare se habla de Suecia, de Polonia, pero el nombre de España no figura para nada. Esto fué lo que principalmente me movió á emprender este trabajo, que ya que no para otra cosa, puede servir para hacer ver á los extranjeríos que también entre nosotros se estudia el gran autor inglés, y que las traducciones que en estos últimos años se suceden con desusada frecuencia, nos hacen abrigar la esperanza de que tal vez no está lejano el día en que aparezca entre nosotros el traductor de Shakespeare.

DANIEL LÓPEZ.

(Se concluirá.)